P R Ó L O G O

Dominio de roca

En esta rotunda montaña, en lo que Lueje llamó «el milagro geográfico de los Picos», como «solemne despliegue de la Cordillera madre», Asturias se implanta, compartidamente, sobre los dorsos y torres más extensos de los tres macizos. Si en los paisajes de fuerte personalidad se reconocen a la vez un lugar y un sentido, Asturias podría encontrar una de las más significativas claves de su identidad en ese despliegue solemne.

Al sur, nada más pasar los mayores escarpes de la cordillera, Sajambre, Valdeón y La Liébana son, en oposición, unas amables vallonadas intramontañosas típicas de montaña atlántica de prados y bosques. Es, pues, a partir del cierre al norte de esos surcos por una muralla calcárea tan brusca, tan enérgica como las que aparecen sólo en las grandes montañas, donde se desarrolla colgado el original y alto paisaje de osamenta, de rocas descarnadas, de torres, pedreras y laberintos de piedra de los genuinos Picos de Europa. No caben más fuertes contrastes y complementariedad entre esos valles confinados y el mundo retirado encima de esos escarpes. El invierno crea allá arriba un dominio solitario de riscos verticales y agudos entre empinadas laderas cargadas de nieve. Un ámbito soberbio y extraño suspendido en altitud, reino de la nube y de la niebla, de una belleza singular entre las montañas peninsulares y de un relieve insólito en toda la orilla norteña del continente europeo. Si se llaman las Peñas o los Picos de Europa es con razón. Sea cual sea el origen del nombre, estas montañas son peñas y picos por excelencia y, en esa banda de Europa que anticipa la tierra desde la mar, las más características.

Hay igualmente hoces, alguna extremadamente profunda, que cortan de arriba abajo esa masa de piedra, hasta sus entrañas, por las que vierten las aguas formadas en la misma cordillera o en los valles meridionales hacia el Cantábrico. Estas gargantas y valles, tanto externos como internos, en sus recorridos de sur a norte dividen fieramente y delimitan con rotundidad esas masivas calizas en tres macizos cuyas moles son individuos geográficos perfectamente definidos para quien los observa desde fuera y más aún para quien los recorre y conoce desde dentro. Sella, Cares, Duje y Deva hacen mención a las cuencas fluviales locales, canalizan y definen, porque los Picos de Europa no dividen aguas de los principales cursos, sino que son atravesados por ellas. Son sus recorridos los pasos naturales de León al océano. De la meseta al litoral, del ambiente mediterráneo y continental al atlántico. Mientras en los fondos de los valles bajos y profundos de los Picos hay todavía encinares y fresnedas que evocan montañas interiores, por sus vertientes se suceden hacia arriba robledales, hayedos y abedulares característicos de la orla de relieves cantábricos, y después los matorrales, prados y rocas desnudas de las culminaciones. Sella, Oseja, Sajambre retienen viejas denominaciones referidas al agua, Caín a la roca, los Beyos a la garganta. Urriello o los Urrieles al peñasco. Ahí, alrededor de este monolito, se extiende un mundo bello y áspero, quizá el más sublime de Asturias, en el que Pérez de Ayala proponía un retorno regenerador al paisaje en las inseparables libertad y soledad de la naturaleza, donde «el hombre ganoso de liberación aspira a la cumbre de la montaña».

Sobre los valles armoniosos de marcada personalidad rural dependiente de su internamiento y bloqueo en semejante montaña, hay por tanto un paisaje original derivado de modo muy particular de la roca caliza. En efecto es así no sólo respecto a los no tan lejanos páramos de León o a la próxima costa, de la que le separa un corto y rápido declive de sólo 28 kilómetros en línea recta, sino también si lo comparamos con los relieves inmediatos de la Cordillera Cantábrica. Por ejemplo, a occidente, en Mampodre y Ponga alternan con las bandas calcáreas otras de pizarras y cuarcitas, que abren surcos y levantan tabiques seriadamente en el perfil de la montaña. Desde los collados y cordales orientales de Ponga, los pri-

meros contrafuertes occidentales de los Picos de Europa resaltan en cambio masivamente como un bloque casi homogéneo y exclusivamente calizo, bruscamente izado desde el sur y con un escenario atormentado de torres acastilladas en su cumbre.

Al norte delimitan los macizos calcáreos con la depresión de Arenas, a unos 200 metros de altitud. Desde allí se alzan con rapidez las viejas calizas en un dorso entrecortado por valles, circos y torres, con sucesivos escarpes al norte, hasta concluir bruscamente en el profundo desnivel que cierra los valles meridionales mencionados, abiertos en las más vulnerables pizarras de este sector, por ejemplo en Valdeón y Potes. En su banda compacta y elevada supera la montaña los 2.600 metros de altitud, lo que da una idea del contraste de su volumen con las comarcas vecinas. Respecto al norte, la banda pétrea de los Picos de Europa se eleva rápidamente más de 2.400 metros y respecto al sur más de 1.700, aún con mayor brusquedad.

Hoces, *jous,* canales

Esas calizas de los Picos de Europa, nacidas de una larga y antigua sedimentación homogénea, original en un entorno más variable, están formando además un gigantesco apilamiento de escamas rocosas, lo que multiplica su espesor en sucesivas oleadas calcáreas, incrementa su personalidad física y acentúa su relieve. De tal modo que sus hoces han de tajar, acoplándose al trazado de sus grandes fracturas verticales, masas calizas de más de 2.000 metros de espesor. Además de la personalidad tan fuerte que la roca otorga al paisaje, todo el modelado que esculpe tal roquedo se adapta lógicamente a sus caracteres propios, que son muy influyentes, y a sus planos, realmente mayúsculos, de fracturación. Entre las fracturas, cuyos planos delimitan tajantemente muchas formas y encaminan las aperturas de esculpidos de paredes, brechas, *jous* o valles, las calizas compactas tienden a dar relieves de resistencia a modo de aristas, espolones y picos destacados. Por la combinación de construcciones y golpes de cincel, la alta montaña es aquí una sucesiva alternancia de dorsos y frentes.

Al dibujo del edificio construido hay que sumar, pues, el de su disección destructiva. Los profundos congostos fluviales que lo enmarcan y dividen indican una vigorosa erosión de los ríos hacia su salida al mar, lanzados por los rápidos desniveles de la región, clavados con relativa facilidad no en la compacidad de la roca sino selectivamente en sus fisuras, ayudados por una debilidad intrínseca a los macizos, el carácter soluble de las calizas, de modo que sus fallas encaminan sus rectilíneos o quebrados desfiladeros. Por encima de éstos, en el ámbito de dominio pétreo y hasta las máximas altitudes, el dibujo fluvial es sustituido por las huellas aún bien vivas, dejadas por el paso de los hielos de la última gran glaciación cuaternaria en este bastión atlántico. Fue hace más de 10.000 años, pero constituyó el mayor labrado de formas recientes y sus huellas son evidentes por todo el alto sector de los Picos de Europa, organizando sus elementos geográficos principales, aunque siguiendo, a otra escala, la misma pauta de la arquitectura de los Picos que ya hemos descrito: circos glaciares, artesas, umbrales y cubetas. Sobre la espalda calcárea de esta montaña hay además múltiples heridas debidas a la laceración kárstica: lapiaces que la surcan superficialmente, sumideros que roban hacia la profundidad del interior de la roca las aguas de lluvia y de fusión, *jous* que parecen desordenar la topografía de altitud.

Otros dinamismos propios de la alta montaña, como son los efectos del hielo y deshielo sucesivos, que fragmentan la piel de la roca, y los desprendimientos de piedras, los deslizamientos de laderas y las crecidas torrenciales cooperan en el constante labrado de las formas, en la producción de pedreras, en el cementado de derrubios: la montaña sólo aparentemente está quieta. En realidad, sobre el viejo edificio de piedra, sobre su antigua portada glaciar,

grano a grano, gota a gota, nada permanece, todo cambia implacablemente, aunque a un ritmo que podría parecer demasiado lento al apresuramiento de los hombres.

Los picos

Como consecuencia de la gran masa calcárea, de su voluminoso apilamiento tectónico y de sus tajantes disecciones, no sólo se abren hondas gargantas como las del Cares o del Sella o del Dobra o de la Hermida, sino que se han recortado como almenas y torres los altos y aislados picos que han dado fama a los Picos de Europa: Urriello, Peña Santa, Torre de Cerredo, Llambrión, Neverón, Morra de Lechugales, etc. Esos picos han convertido sus siluetas en símbolos mayores. Los lugares se han hecho en ellos referencias geográficas peculiares de nuestras cadenas montañosas y evocaciones montañeras de mucho peso. Aquí se abrió la gran puerta del alpinismo español hace cien años, es el Naranjo el que dibujamos en nuestra mente cuando pensamos en la montaña española elegida por su excelencia y es en ella en la que situamos el triunfo montañero sobre la primera cumbre que a comienzos del siglo XX aún merecía el calificativo de «inaccesible». La fortísima personalidad paisajística de los Picos de Europa ha hecho a esta montaña única y significativa.

«Subíamos con ansia —*escribía en 1904 Pedro Pidal tras su logro de la cumbre del Picu con el Cainejo*—, no reparábamos en peligros... El instinto de triunfo, de la conquista se apoderó de nosotros...» Miraba el paisaje de los Picos de Europa desde lo alto, desde su centro, desde lo intocado: «peñascales, torres, tiros, agujas, desfiladeros, vertientes, pedrizas, pozos...» El universo de los Picos se abría a su alrededor con todos los elementos simples y grandiosos del persistente escenario de piedra, como un laberinto reordenado desde la cumbre por la mirada pasajera del escalador. Y Gregorio Pérez, *el Cainejo* añadía: «se veía la mar de tierra y rebecos en aquella torre, en aquel pico, en aquel nevero, en aquel hoyo, en aquella verdiana... ¡qué gusto encontrarse en aquella altura y donde nadie había pisado!»

Cien años después, otro hombre de la montaña, igualmente fascinado por los Picos de Europa, Darío Rodríguez, nos entrega de nuevo esa mirada a las torres de caliza desde lo alto. Es un homenaje a la mirada desde la cumbre. Es nuevamente otear desde la cima o desde la nube. A la perspectiva propia del que asciende se une la calidad de esa mirada, que distingue las luces y las formas más propias de los Picos y las fija y comparte mediante el arte fotográfico. Una mirada aérea desde el vuelo que también restablece un tipo de panoramas que nos es próximo y que ordena con ello los vericuetos que parecen desorganizados al que sólo observa desde el valle.

Ayudados por el ojo ejercitado de quien ha hecho de la palabra «desnivel» un completo proyecto cultural, el paisaje austero de los mejores «desniveles» de nuestras montañas se muestra aquí todo lo grandioso que realmente es. Su extraordinaria belleza se transmite como la primera clave del paisaje. Lo permanente, como pensaba Pidal desde la cumbre del Naranjo, ahí sigue produciéndonos admiración. Compartimos al pasar las páginas los mismos paisajes con los fundadores del viaje a estas cimas, internándonos entre ellas, deteniéndonos en una repisa con nieve perdida entre llambrias oscuras, reposando ante una pared dorada, en la soledad de la altitud o buscando un paso en un ramo de canales, circos y picos que parecen solicitar su recorrido. Pasamos y seguimos; cien años después nuestra mirada es la misma. Hemos tomado el relevo y estamos dispuestos a entregarlo. Los Picos de Europa esperarán siempre la mirada entusiasta de los que amamos los abismos. Lector: disfruta estas montañas hechas libro como si estuvieras ahora mismo, imagina qué gran suerte, volando entre ellas.

Eduardo Martínez de Pisón

▼ En la aldea de Bulnes viven una docena de vecinos que se sustentan de la ganadería y del turismo. Su aislamiento secular le ha conferido una personalidad peculiar.

▲ Hasta hace sólo dos años a la aldea de Bulnes sólo llegaba un camino de herradura que remontaba la Canal del Tejo. Ahora, los vecinos y turistas disponen de un tren funicular subterráneo de gestación tormentosa. i *Ver página 162*

▲ El grupo de los Cuetos del Albo se inflama con las últimas luces del día. Detrás, la oscuridad se ha adueñado de casi toda la pared oeste del Naranjo de Bulnes; sólo la cumbre es respetada por la sombra del Neverón de Urriellu que le roba la luz al resto de la pared.

El Deva nace en un monumental anfiteatro con paredes de más de mil metros de altura. Dos colosos guardan el paso a la vega de Liordes: Peña Remoña a la izquierda y el Pico de la Padiorna a la derecha. Entre ambos la canal del Embudo, por donde zigzaguean los Tornos de Liordes, un espectacular camino construido en el siglo XIX para bajar el mineral de las minas de Liordes. En primer término, las peñas cimeras del pico Jano doradas por el sol recién levantado. i